



“Adictos” a los dispositivos digitales. Una mirada crítica sobre el diagnóstico del problema

“Addicted” to digital devices. A critical look at diagnosis of the problem

Rosalía Winocur

Doctora en Ciencias Antropológicas, profesora e investigadora en el Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana de México, Ciudad de México, DF, México, correo electrónico: winocur@correo.xoc.uam.mx

Resumen

En este artículo abordamos de manera crítica la tendencia dominante instalada en los medios de comunicación y en algunos ámbitos académicos, de caracterizar el deseo de estar permanentemente conectados como una nueva patología social. En su lugar se propone una mirada socio antropológica sobre el problema, que trasciende el diagnóstico de la enajenación digital como producto de nuestra relación compulsiva con las nuevas tecnologías de

comunicación, para ubicar su explicación en los dilemas sociales y culturales de nuestro tiempo.

Palabras clave: Adicción. Hiperconectividad. Patología social. Enfoque socio-antropológico.

Abstract

This article critiques the dominant trend in the mass media and the academy to characterize the need to be always online as a social pathology. Rather, I suggest a social-anthropological perspective, which transcends the digital alienation diagnosis as a denouement of people's compulsive relation with new communication technologies, to find its explanation in the social and cultural dilemmas of our time.

Keywords: Addiction. Hyperconnectivity. Social pathology. Social anthropological approach.

Adictos y arrepentidos de la Red

El novelista Javier Marías, que viene manteniendo hace más de una década una campaña de resistencia hacia los dispositivos digitales desde su columna dominical en la Revista *País Semanal*, se jacta de no tener móvil ni conexión a internet en su casa. Según narra, los amigos que en un comienzo lo criticaron ferozmente, terminaron dándole la razón:

Si dudaban entre reírme la gracia o considerarme paranoico cuando yo aseguraba que todos esos inventos pese a sus enormes e innegables ventajas, me parecían sobre todo instrumentos de dominio y control; si así eran las cosas, desde hace poco empiezo a recibir comentarios envidiosos del tipo: 'Qué astuto fuiste al no entregarte en cuerpo y alma a las nuevas tecnologías. No sabes de la que te has salvado. Por culpa de ellas vivimos en un permanente infierno sin descanso' [...] **Pero cada vez hay más arrepentidos** [...] El novelista Franzen extrajo la tarjeta inalámbrica de su ordenador y cortó el cable Ethernet para convertir aquel en una mera máquina de escribir sin acceso a la red. Un ex director de medios de Twitter, experto tecnológico, ha resuelto usar un viejo móvil Nokia *sólo* para hacer llamadas, se deshizo de su iPhone, toma notas con bolígrafos y cuaderno y lee libros en papel nada más. Otro sujetos 'a la vanguardia de la tecnología están poniendo todo su esfuerzo en hacerla retroceder unos pasos', informa Nick Bilton, al menos en lo respecta a sus vidas: desconectan el móvil al

salir de casa, el *wifi* por las noches y los fines de semana, asimismo leen en papel en vez de píxeles en una pantalla (MARÍAS, 2013, p. 90).¹

Otro caso de *arrepentimiento* más interesante, porque se trata de la famosa Sherry Turkle, psicóloga del MIT que en 1984 escribió *The second self : computers and the human spirit*, y en 1995 *Life on the Screen: Identity in the Age of the Internet*, dos obras de referencia obligadas en la literatura anglosajona sobre identidad y comunidades virtuales, reflexionó en una entrevista reciente acerca de las razones de su cambio de opinión dos décadas después de haber manifestado un gran optimismo y confianza sobre las ventajas de Internet en la vida contemporánea:

Como psicóloga fue un momento fascinante. Comenzaban los primeros chats, los primeros juegos y comunidades virtuales. Podrías tener múltiples personalidades, ser hombre, mujer... pero siempre en un ámbito anónimo, y eso permitía mucha libertad. Fue un momento de experimentación fabuloso y yo era muy optimista respecto a los efectos positivos que tendría en nuestra psique". [...] "Entonces no fui capaz de ver que nuestra vida real se vería truncada por nuestra existencia digital. Creía que entraríamos en Internet y lo que aprenderíamos dentro nos ayudaría a mejorar nuestra vida fuera, que nuestras experiencias digitales enriquecerían nuestra vida real, pero siempre entrando y saliendo de ella. No entendí que el futuro consistiría en vivir constantemente en simbiosis con un ordenador encendido: el móvil (TURKLE, 2012, p. 14-16).

No obstante, solo algunos pecadores célebres (y otros no tan célebres), se arrepienten y emprenden una vida de castidad digital para enmendarse de la ansiedad culposa de estar permanentemente conectados. Y siguiendo el consejo de Sherry Turkle a los asistentes de la conferencia del TED² del 2012³, apagan sus celulares y "comienzan a vivir". La mayoría, aun sintiendo culpa, no quieren abandonar el infierno conspicuo *online* porque el casto purgatorio de invisibilidad *offli-*

¹ La negrita es del autor.

² TED (Tecnología, Entretenimiento y Diseño) es una organización/comunidad global sin fines de lucro dedicada a difundir ideas a través de conferencias cortas (de 18 minutos) e impactantes, en las que pensadores, emprendedores, ejecutivos, científicos, creativos, filántropos, etc., comparten lo que más les apasiona. La primera conferencia TED se celebró en 1984 en California. Hoy es un evento multidisciplinario y opera bajo la consigna de mostrar ideas que "vale la pena divulgar". Entre sus oradores figuran personalidades como Bill Clinton, Bill Gates, Al Gore, Paul Simon, Isabel Allende, Gordon Brown, etc. Recuperados de: <<https://www.ted.com/about/our-organization>> y <<http://www.tedxmadrid.com/que-es-ted/>>.

³ Ver transcripción completa de la conferencia en español en: <https://www.ted.com/talks/sherry_turkle_alone_together/transcript>.

ne les parece más atroz que las llamas atroces del deseo por estar siempre visibles y disponibles. En ese sentido los *arrepentidos* constituyen un fenómeno interesante para reflexionar sobre las mayorías *pecadoras* que experimentan el doble sufrimiento de la ansiedad de conexión y la angustia de desconexión.

Los *pecadores* cuando están *desconectados* sufren un síndrome de abstinencia digital provocado por la angustia de invisibilidad y amenaza de exclusión (WINOCUR, 2009, p.31). Giddens (1992) ofrece una explicación interesante, donde la adicción a las nuevas tecnologías podría actuar - al igual que en el caso de otras adicciones -, como un recurso de sustitución para afrontar la orfandad en las que dejó el quiebre de las certezas que nos proveían los grandes relatos colectivos que le daban sentido a nuestras biografías individuales y que también encarnaban en el pasado familiar. La adicción, en ese sentido, es sintomática de la "autonomía congelada", entendida como la dificultad de ejercer los márgenes de independencia que nos habilitó la modernidad para renegar de las tradiciones, y asumir la cuota de riesgo e incertidumbre que lleva implícita como una impronta cultural:

Una sociedad que vive al otro lado de la naturaleza y de la tradición [...] exige tomar decisiones, tanto en la vida cotidiana como en el resto de las esferas. El lado oscuro de eso es el aumento de las adicciones y compulsiones [...] Como la tradición, la adicción tiene que ver con la influencia del pasado sobre el presente; y como en el caso de la tradición, la repetición tiene un papel crucial. El pasado en cuestión es más bien individual que colectivo, y la repetición está impulsada por la ansiedad. Veo la adicción como autonomía congelada. Todo contexto de destradicionalización ofrece una mayor libertad de acción de la que existía antes [...] **La adicción entra en juego cuando la elección, que debiera estar impulsada por la autonomía, es trastocada por la ansiedad.** En la tradición el pasado estructura el presente a través de creencias y sentimientos colectivos compartidos. El adicto también es siervo del pasado, pero porque no puede romper con lo que al principio eran hábitos de vida libremente escogidos (GIDDENS, 1992, p. 59).⁴

Si la modernidad nos volvió tan libres de tomar decisiones, y al mismo tiempo esclavos de sus consecuencias, porque ha de extrañar tanto que se necesite de todos los recursos simbólicos disponibles – muchos de los cuales actualmente están mediados por las tecnologías digitales a nuestro alcance –, para poder tolerar la incertidumbre y convivir con la paradoja del sino del individualismo. Pero esta paradoja, que es aceptada pragmáticamente en la vida cotidiana sin que haga conflic-

⁴ Las negritas son del autor.

to de sentido, no es fácil de asumir en el discurso, y termina expresándose como una relación culposa de amor y odio hacia los artefactos digitales. De ahí que sea comprensible que las tecnologías digitales se vuelvan depósitos simbólicos idóneos para somatizar la ansiedad de exclusión y la angustia de incertidumbre, que las narrativas mediáticas, grandes cajas de resonancia de los imaginarios colectivos, recrean sin cesar:

La mensajería instantánea pone en peligro nuestra intimidad y nos genera ansiedad cuando no obtenemos una respuesta inmediata ¿Es sano vivir tan enganchado? [...] No hay nada que otorgue mayor satisfacción y sensación de control que enviar un mensaje y ver que en la pantalla aparece el verbo 'escribiendo'. Claro que las cosas nos siempre siguen ese orden predecible y agradable. A veces se envía el mensaje, aparece el doble click, y en lugar de 'escribiendo', nos dicen que el otro está 'online'. Cinco minutos después sigue online, y pasados otros 10 lo mismo. Entonces nos empezamos a desesperar. El otro dato para completar la neurosis es el que informa de la hora exacta que el sujeto en cuestión echó por última vez un vistazo a sus mensajes. Con estos números se puede construir y destruir el mundo. Y parece normal que hayan sido el epicentro de cientos de broncas de pareja y malentendidos (VÁSQUEZ, 2012, p. 92, 93).

La descripción que hace la periodista sobre el estado ansioso que nos genera la falta de respuesta inmediata del otro, y de cómo se va incrementando el nivel de angustia si ésta se demora o no llega nunca, no podría ser más exacta. Más que un síndrome de abstinencia, lo que experimentamos es un síndrome de privación que todos podemos reconocer en cualquier ámbito significativo de la vida, y más en situaciones de incertidumbre. El cine, la televisión y la literatura, retratos condensados del imaginario social del siglo pasado, nos dan múltiples ejemplos de cómo antes de los mails y los SMS los mensajes no devueltos dejados en las máquinas grabadoras, el repique del teléfono ignorado, las cartas sin respuesta, y las citas no cumplidas, producían la misma desesperación. Y si el lector permite, podríamos irnos más atrás en el tiempo, cuando los cuentos de hadas hablaban de nuestros terrores arcaicos, y preguntarnos ¿Si Hansel y Gretel hubieran contado con un celular en lugar de la primitiva tecnología de aviso de las piedritas blancas, habrían podido cambiar su destino de abandono en el bosque para ser presa fácil de la bruja malvada que los atrajo con dulces y chocolates? No se sabe, pero seguramente hubieran insistido una y otra vez compulsivamente, cada vez con más angustia en remarcar para que sus padres los rescaten del temible bosque de la incertidumbre y los regresaran a las certezas del hogar.

Desde tiempos inmemoriales el ser humano reacciona así frente al abandono o la privación real o imaginaria del otro. ¿Qué hubieran dado las madres de

nuestros abuelos y tatarabuelos por tener un celular hace 100 años para que el hijo les fuera reportando a cada momento las alternativas de su travesía en el barco como sucede ahora con el viaje en avión?: “- ya llegué al puerto”, “- está a punto de partir el barco”, “- no te preocupes, hace frío pero como y duermo bien”, “- ya faltan solo 10 días para llegar a América”. “- Llegué sano y salvo”. Tal vez la condensación más elaborada de la relación entre nuestros miedos arcaicos y contemporáneos, la podamos reconocer en la dura experiencia de los migrantes africanos cuando llegan a las costas españolas después de cruzar el océano en rudimentarias barcas orientándose como lo hacían sus antepasados por el sol y las estrellas? Al pisar tierra con graves síntomas de desnutrición e hipotermia, lo primero que piden a los socorristas es agua, pero lo segundo es un celular para llamar al único aparato que posee la aldea (que sigue sin agua potable, ni teléfono, ni medicinas, ni médicos, ni escuelas, ni carreteras, ni drenaje, igual que en el tiempo de sus tatarabuelos) para decir: “- Llegué, estoy vivo”.

Obviamente no se pretende demostrar con estas imágenes que nada ha pasado en los últimos 150 años en la aldea africana, o que la ansiedad de comunicación que nos genera el teléfono móvil sólo la podemos rastrear en el camino de piedritas blancas que dejaron Hansel y Gretel para asegurarse su regreso al hogar. Para bien y para mal, los procesos de modernización, la globalización y los medios de comunicación, generaron expectativas de una vida mejor entre los jóvenes de la aldea africana promoviendo procesos masivos de inmigración, lo cual sin lugar a dudas facilitó el encuentro y la adhesión al teléfono celular. Y también es cierto que algunos de los terrores imaginarios de la edad media (Duby, 1995), han cambiado tan sustantivamente, que nos produzca más temor quedar desconectados que no tener nadie a nuestro alrededor. No obstante, hay algo que si seguimos compartiendo con nuestros antepasados que concibieron la historia de Hansel y Gretel: el inconsciente. En su maravilloso libro, *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Bruno Betelheim (1977) señala que:

A nivel manifiesto, los cuentos de hadas enseñan bien poco sobre las condiciones específicas de vida en la moderna sociedad de masas; estos relatos fueron creados mucho antes de que ésta comenzara a existir. Sin embargo, de ellos se puede aprender mucho más sobre los problemas internos de los seres humanos [...] “Por ejemplo, al tratar ‘Hansel y Gretel’, el empeño del niño por seguir junto a sus padres, aunque haya llegado la hora de lanzarse al mundo por sí solo, es violento al igual que la necesidad de superar una oralidad primitiva, simbolizada por el apasionamiento de los niños por la casita de turrón. [...] la angustia de separación – el temor a ser abandonado - y el miedo a morir de hambre, junto con la voracidad oral, no son exclusivos de ningún período de desarrollo en particular. Tales temores se dan en todas las edades del inconsciente” [...] “Podemos

entender por deducción, lo que la historia nos dice acerca de las funestas consecuencias del intento de enfrentarse a los problemas por medio de la regresión y la negación, que disminuyen precisamente la capacidad de solucionarlos [...] el miedo a morir de hambre le obsesiona y, por eso, sólo puede pensar en la comida como solución a todas sus dificultades. En este caso, el pan representa la comida en general, la 'salvación' del hombre, imagen que Hansel toma al pie de la letra debido a la angustia que experimenta. Esto nos demuestra como la fijación a niveles primarios de desarrollo, en los que nos encontramos cuando tenemos miedo a algo, puede llegar a limitar nuestra satisfacción (BETTELHEIM, 1977, p. 12, 27,227).

Bettelheim ofrece una interesante puerta para explorar las motivaciones inconscientes de sustituir piedritas blancas por celulares con el objetivo de asegurarnos no sólo nuestro regreso al hogar-vientre materno, sino también la dependencia ambivalente y conflictiva con el mismo. No es intención realizar aquí una especulación de orden psicoanalítica para dar cuenta de la relación entre los dispositivos digitales, sobre todo el celular, y el inconsciente, lo que se quiere destacar con este juego de imágenes metafóricas es que el marco para pensar la dependencia hacia los dispositivos digitales desde el punto de vista antropológico, debe trascender necesariamente la teoría determinista de la "adicción" provocada por la tecnología, y ubicarse en los imaginarios sociales que acompañan el tránsito desigual de la modernidad a la llamada segunda modernidad o posmodernidad. Además de Giddens (1992, 1996), otros autores como Andreas Huysen (2012), Bruno Latour (2008), Richard Sennett (2012), Beck y Beck Gersheim (2004, 2012) y Zygmunt Bauman (2009), podrían dar claves sociológicas para comprender el fenómeno de la supuesta adicción a las tecnologías digitales más vinculadas a la cultura en la sociedad contemporánea que al discurso de la patología social.

No obstante la mayoría de los sujetos, si bien no renuncian a sus celulares o tabletas, comienzan a administrar sus tiempos y su privacidad estableciendo códigos formales e informales acerca de las situaciones donde es mejor usar un mensaje de texto, enviar un mail o confrontar al otro cara a cara. Cualquier usuario/a promedio podría enlistar situaciones donde es mejor hacerlo de una forma u otra, y seguramente las diferencias radicarían en las circunstancias, y casi nunca en una definición cerrada de lo que entiende por privacidad e intimidad en la Red, o fuera de ella. Es muy probable que nuestro interlocutor/a comience su explicación con un "depende" o un "según", que estarán marcados por diferentes coyunturas vitales de su generación. Veamos por ejemplo el caso de procesar y canalizar una ruptura amorosa unilateral a través de Facebook. La situación de violencia psicológica, y a veces física que implica comunicarle al otro cara a cara que lo abandonamos, o escuchar que seremos abandonados, tiene en las redes sociodigitales mu-

chos recursos simbólicos y narrativos para ser amortiguada o facilitar el duelo. De otro lado, muchas situaciones de malentendidos que se producen a través de la mensajería electrónica, solo pueden aclararse cuando las partes se reúnen cara a cara y pueden contextualizar o matizar el laconismo.

La otra cara de la adicción digital: el sentimiento de exclusión de los que no son adictos

La otra cara de la "adicción" a las TIC, es el sentimiento de exclusión de quienes se muestran alarmados por esta nueva clase de dependencia diagnosticada como patología social. La preocupación de que los usuarios habituales de las tecnologías digitales, particularmente jóvenes y adolescentes, están enajenados con sus dispositivos digitales, no viene de ellos sino de los que se sienten excluidos de tales circuitos de "adicción": sus padres, sus maestros, sus familiares, y de quienes no hacen un uso intensivo de dichos dispositivos (o sienten culpa por hacerlo), a la que se suman los "expertos" que escriben en los periódicos y/o revistas, o son entrevistados en los noticiarios:

Cada vez esperamos más de la tecnología y menos de los humanos. Nos sentimos solos, pero nos asusta la intimidad. Estamos conectados constantemente. No da la sensación de estar en compañía sin tener que someternos a las exigencias de la amistad, pero lo cierto es que a pese a nuestro miedo a estar solos, sobre todo alimentamos relaciones que podemos controlar, las digitales. Pero aún estamos a tiempo de cambiar esa convivencia con la tecnología. Tenemos que volver a aprender el valor de la soledad (CELIS, 2012, p. 14-16).

El diagnóstico, en el que muchos de ellos coinciden - y que no difiere mucho de lo antes se decía respecto a la televisión -, es que se trata de una nueva clase de droga social muy poderosa, como lo explica una psicóloga citada en un artículo periodístico:

se establecen rutinas aprendidas por el premio (una respuesta instantánea a los mensajes), te acostumbras a ese ritmo, y cuando las respuestas tardan un poco más, piensas que algo va mal. Están implicados mecanismos cognitivos y bioquímicos como los de las adicciones. A partir de entonces, una persona se pone a mandar mensajes sin control, llamando la atención del otro, solamente con la intención de le den su droga (la respuesta inmediata) (LARRABURU apud VÁSQUEZ, 2012, p. 94).

Más cercana a nuestra experiencia cotidiana, muchas veces escuchamos o participamos de la queja hacia los adolescentes y jóvenes, cuando los acusamos de que “se vuelven antisociales”; “ya no se miran a los ojos”, “no se relacionan entre ellos”, “nunca están aquí”. Y “aquí” refiere a los festejos o rutinas familiares a la hora de comer o de ver tele. Es interesante porque los rituales que organizan el estar juntos en casa, incluyen ver televisión en diferentes momentos del día, donde nadie se ve a los ojos porque están todos mirando la pantalla. Por el contrario, cuando los adolescentes no quitan la vista de sus teléfonos celulares, están con *otros* en las redes sociales, o en el chat. A diferencia de lo que creen sus padres, no parecen estar muy aislados ni haberse vuelto antisociales, sino que los dispositivos digitales no solo les permiten estar en permanente contacto con sus amigos, sino ampliar los circuitos significativos de pertenencia. Hay que recordar que el diálogo comenzó en la escuela en la mañana, continúa luego en su habitación en *Facebook*, más tarde en la calle con el celular, y al día siguiente otra vez en la escuela, sin que esto les plantee desde el punto de vista práctico y simbólico ninguna ruptura de sentido entre el mundo *offline* y *online*. En síntesis, puede que los hijos y los muy aficionados a las redes sociales *sufren* de la ansiedad de conexión permanente, pero los padres, y adultos que no usan regularmente dichas tecnologías, *sufren* del síndrome de exclusión y cuestionamiento a su autoridad familiar.

La incorporación de las tecnologías de comunicación e información en el hogar, encierran como condición de existencia previa universos generacionales muy distintos de experiencia respecto al tiempo, el espacio, la sociabilidad, la afectividad, el conocimiento y las formas de inclusión social, que entran en constante tensión con la necesidad de los miembros de las familias de estar comunicados, localizables y disponibles los *unos* con los *otros*: Como bien lo expresa Flichy (2000, p. 34) en los escenarios del uso cotidiano de las TIC, “la familia es un lugar de tensión entre prácticas individuales y colectivas, entre construcción de uno mismo y construcción del grupo”. Dichas tensiones no sólo se presentan en la familia sino en todos los espacios institucionales donde jóvenes y adultos conviven; algunos, donde la estructura de la autoridad y la clasificación jerárquica propias de las diferencias generacionales se mantienen vigentes como la escuela o el trabajo; otros, “como el tiempo libre, las asociaciones juveniles y el mercado, en las que las estructuras de autoridad están repartidas, y en las que la jerarquía de edad se difumina, pero la adscripción generacional sigue siendo un referente de clasificación social” (FEIXA, 2005, p. 4); y por último, en los espacios omnipresentes de los medios de comunicación de masas, las nuevas tecnologías de la información y el mundo de los video juegos, “en las que las estructuras de autoridad se colapsan, y en las que las edades se convierten en referentes simbólicos cambiantes y sujetos a constantes retroalimentaciones” (FEIXA, 2005, p. 4)

En ese sentido, la mayor confrontación de sentido que sufren los padres y mentores es la de experimentar una *alteridad sin interlocutor*: no se trata solo de no dominar el lenguaje icónico, la navegación o el hipertexto, se trata de algo más radical como quedar fuera del sentido de la experiencia de hacer del *continuum offline-online* un universo existencialmente coherente, afectivamente significativo y cognoscitivamente lúdico.

Por último, *la alteridad sin interlocutor* no creemos que solo sea un fenómeno que caracteriza las relaciones inter generacionales, sino muchas de las relaciones entre diversos grupos sociales y culturales, que como bien afirma Grimson (2011), necesitan ser pensadas como intersección entre configuraciones culturales superpuestas y diferentes:

En un mundo intercultural la comunicación requiere ser pensada como intersección entre configuraciones culturales superpuestas y diferentes. Diferentes por razones generacionales, étnicas, nacionales, de género, de clase. Intersecciones variables que a veces se acercan a la situación de puro contacto con muy baja comprensión y que, en el otro extremo, se acercan a la comprensión sin alcanzar jamás la plena comensurabilidad. Si la comunicación es una intersección entre dos o más configuraciones que implica algo más que contacto y algo menos que comprensión total, entonces la multiplicación de contactos en el mundo actual, en ausencia de políticas orientadas hacia una creciente comprensión, constituye una fábrica de incertidumbres y temores ante alteridades presentes pero aparentemente – y solo aparentemente – inconmensurables (GRIMSON, 2011, p. 194).

Posiblemente la Red sea uno de los escenarios más expresivo de este fenómeno. *Unos y Otros* de diversa condición social, sexual, cultural y generacional, han dejado de compartir el fantasma constituyente de las alteridades tradicionales, fragmentado e interpelado por múltiples heterogeneidades cristalizadas y emergentes en la vida social y política de los sujetos, y frente a esta situación deambulan en la Red con su propio repertorio de alteridades reales e imaginarias, actuando como si el *Otro* estuviera allí para corresponder la complicidad o el rechazo, la solidaridad o la agresión.

Una reflexión final

La cuestión de la dependencia extrema de los sujetos de cualquier condición social con los dispositivos digitales constituye un escenario especialmente dotado de claves semánticas para entender las coordenadas contemporáneas de la incertidumbre. Por lo tanto, la explicación de lo que allí sucede trasciende desde el

punto de vista antropológico los límites virtuales para ubicarse en la experiencia subjetiva de los usuarios y usuarias habituales de las redes sociales. Y en ese marco de reflexión nos interesa entender, más que condenar, sus maneras de resolver (o no resolver) las realidades paradójicas que enfrentan cotidianamente, la tensión entre la autonomía conquistada y la necesidad de construir, reconstruir, o inventar certezas imaginarias para tolerar la orfandad simbólica de pertenencia en la que los sumieron los procesos de individualización, y que afectan de manera fundamental sus relaciones laborales y afectivas:

Para comprender lo que hoy significa el amor no basta con comprender lo que hoy significa el amor, hay que comprender además, cómo yoes, fronteras, mundos y amor se aproximan y se entreveran. [...] un nuevo capítulo de la historia social en la que amor, familia y extrañamiento del mundo se combinan en paradójicas uniones (BECK; BECK GERNSHEIM, 2012, p.233).

O en la perspectiva de Latour (2008), el impulso de conectarse y de entrar en conexión con otros, no obedece intrínsecamente a necesidades sistémicas de la red, sino a nuevas formas de ensamblar lo social que desafían nuestra mirada como investigadores de las ciencias sociales:

Al retomar el proyecto de las ciencias sociales y volverlo a la fuente del asombro de la que surgió, es importante recuperar la sensibilidad con respecto a tipos muy extraños de ensamblados. Cuando creíamos ser modernos, podíamos contentarnos con los ensamblados de la sociedad y la naturaleza. Pero hoy tenemos que volver a investigar de qué estamos hechos y extender el repertorio de vínculos y la cantidad de asociaciones mucho más allá del repertorio propuesto por las explicaciones sociales (LATOURE, 2008, p. 347).

El tipo, o mejor dicho, los tipos nuevos de ensamblados que nos plantea la Red como objetos de estudio, representan un desafío socio-antropológico de primera magnitud: en cierto sentido constituyen formas novedosas de ensamblados, y en cierto sentido reproducen formas tradicionales de poder y relacionamiento entre los actores sociales.

Lo “obvio” del comportamiento observado de los sujetos con los artefactos digitales no solo constituye la evidencia de la compulsión a la conexión permanente, sino la punta del iceberg para explorar las razones y sin razones que lo sostienen. Es “obvio” que la compulsión a estar conectado parezca una adicción, no es tan obvio que la adicción sea la explicación de la compulsión, como intentan presentarla los partidarios de verla como “la droga de la respuesta inmediata” donde están implicados mecanismos bioquímicos y patológicos de las adicciones. Lo mis-

mo respecto a la intimidad: si un sujeto en las redes sociales muestra aspectos que tradicionalmente se consideraban parte del reino de la privacidad, se concluye que para ese sujeto no existe la intimidad, y que lo que *muestra* trasparenta de forma irreductible sus pensamientos y sentimientos. Por el contrario, el valor hermenéutico de lo obvio reside en tomar "la autoevidencia" como síntoma, como condensación o desplazamiento de otros textos individuales y colectivos más oscuros y reprimidos. Lo obvio no es suficiente evidencia de lo que denota o aparenta, pero tampoco lo desmiente, porque lo obvio oculta lo invisible, y lo invisible es: "[...] el núcleo central a partir del cual se organizan las cosas humanas. Centralidad subterránea [...] que hay que saber descifrar en la efervescencia de los fenómenos explosivos, o en la banalidad de la vida cotidiana" (MAFFESOLI, 2009, p. 33).

Referencias

- BAUMAN, Z. **El arte de la vida**. Buenos Aires: Paidós, 2009.
- BECK, U.; BECK-GERNSHEIM, E. **Amor a distancia**. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- BECK, U.; BECK-GERNSHEIM, E. **El normal caos del amor**. Las nuevas formas de la relación amorosa. Buenos Aires: Paidós, 2004.
- BETTELHEIM, B. **Psicoanálisis de los cuentos de hadas**. Crítica. Barcelona: Grupo editorial Grijalbo, 1977.
- CELIS, B. La ciberdiva que nos pide desconectar. **El País Semanal**, 1864, 25 mar. 2012. Recuperado de: <http://cultura.elpais.com/cultura/2012/03/21/actualidad/1332337561_848754.html>.
- DUBY, G. **Año mil. Año 2000**. La huella de nuestros miedos. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1995.
- FEIXA, C. La habitación de los adolescentes, en **Papeles del CEIC**. 2005. Recuperado de: <www.ehu.es/CEIC/papeles/16.pdf>.
- FLICHY, P. El individualismo conectado. Entre la técnica digital y la sociedad en **Revista TELOS**, n. 68, Julio-sep. 2006.
- GIDDENS, A. **La transformación de la intimidad**. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas. Madrid: Cátedra, 1992.
- GIDDENS, A. Modernidad y autoidentidad. En GIDDENS, A., et al: **Las consecuencias perversas de la modernidad**. Barcelona: Anthropos, 1996.

GRIMSON, A. **Los límites de la cultura**. Crítica de las teorías de la identidad. Buenos Aires: Siglo XXI Editores. 2011.

HUYSEN, A. **En busca del futuro perdido**. Cultura y memoria en tiempos de globalización. México D.F.: FCE/Instituto Goethe, 2002.

LATOUR, B. **Reensamblar lo social**. Una introducción a la teoría del actor- red. Buenos Aires: Editorial Manantial, 2008.

MAFFESOLI, M. **El reencantamiento del mundo**. Una ética para nuestro tiempo. Buenos Aires: DEDALUS, 2009.

SENNET, R. **Juntos**. Río de Janeiro: Editora Record, 2012.

TURKLE, S. **The second self**: computers and the human spirit. New York: Simon and Schuster, 1984.

TURKLE, S. **Life on the Screen**: Identity in the Age of the Internet. Simon & Schuster Trade. 1995. Recuperado de: <<http://dl.acm.org/citation.cfm?id=526517>>.

VÁSQUEZ, K. Contesta ahora o nunca. **Revista El País Semanal**. n. 1864, p. 94, 2012.